

Dr. DOMINGO ROSADO,

Ex-Director de la División de Supervisión y Currículo.

Departamento de Instrucción,

Catedrático Asociado, Facultad de Pedagogía.

Universidad de Puerto Rico.

EL HOMBRE Y SU EDUCACION

SE afirma que el fin último de la educación es hacer del niño un hombre. Ante esta afirmación cabe la pregunta: ¿y qué es un hombre? Además, pasando del concepto del ser al del deber ser, cabría preguntar: ¿qué debe ser un hombre?

Distintas culturas tienen diferentes modos de concebir lo que es y lo que debe ser el hombre. Aun dentro de cada cultura en particular hay diferentes escuelas de pensamiento, diferentes grupos e individuos, que conciben al hombre según el ángulo desde el cual lo observan.

Si nos atenemos al sentido común, observamos que el hombre es un ser distinto a las plantas y a los animales. Como éstos, se alimenta, vive, se reproduce y muere. Ejerce funciones vitales que son comunes a plantas y animales. Pero distinto a éstos, tiene conciencia de sus actos, prevé el futuro y puede anticipar consecuencias. Vive en las tres dimensiones del tiempo — pasado, presente y futuro. Además, tiene con-

ciencia de sí mismo, siente, quiere y piensa. Tiene necesidades y está muchas veces consciente de ellas. Por ello se mueve a satisfacerlas y, en ese afán, manipula el ambiente, lo moldea, lo cambia, lo usa para sus fines y así crea un ambiente artificial al que hemos dado en llamar cultura.

Distinto a las plantas y a los animales, inventa o fabrica instrumentos, crea instituciones y produce ideas. Es un ser racional que planifica, que puede usar las experiencias del pasado para mejorar su presente y proyectarse al futuro.

Si lo observamos desde otro punto de vista, veremos que el hombre es un conjunto de necesidades persistentes que lo mueven a la acción en busca de determinadas satisfacciones. En su afán de lograr estas satisfacciones, forma y fija determinadas pautas de conducta que hacen el curso de su vida más o menos predecible. Estas pautas le dan consistencia a sus actos y le sirven de canales que encauzan sus modos característicos de reaccionar, pensar, sentir o hacer, y que describen su carácter y enmarcan su personalidad.

En la búsqueda de estas satisfacciones, el individuo puede frustrarse y alcanzar pautas no normales de conducta. Un hombre es aquél que crece más o menos normalmente en las diferentes facetas de su personalidad, que desarrolla una personalidad dinámica que responde al imperativo moral de su tiempo.

Las cosas físicas se mueven al impacto de otras cosas físicas. El animal se mueve impelido por motivos inmediatos y presentes. El hombre actúa movido por motivos tanto mediatos como inmediatos, ausentes o presentes. Para ello pone en juego la imaginación, el recuerdo, sus emociones y su raciocinio. Distingue entre el bien y el mal. Mide y anticipa consecuencias. Puede, por ello, al ejercitar la libre opción, ser responsable, ser moral. Esa condición moral lo conduce a sobreponerse a sus antojos, deseos y lealtades personales para responder a principios, al imperativo moral.

Visto desde otros puntos de vista, el hombre es algo dife-

rente. Algunas ciencias lo hacen un animal más, desde luego, un animal más o menos complicado. Las ciencias lo fragmentan para su estudio. Unas, como la física, reducen su conducta a expresiones matemáticas. La química lo reduce a sustancias químicas en continua interacción en cuyo caso precisa el que se mantengan determinadas proporciones para sostener el equilibrio necesario para la vida. La biología lo presenta como un animal que ha evolucionado de especies inferiores, de formas más simples, hasta llegar a un organismo complicado, compuesto de conjuntos de millones y millones de células que se unen y forman diversas partes y sistemas, con funciones especializadas, que trabajan en forma coordinada para el bienestar general de todo ese organismo.

La sociología lo convierte en un producto del ambiente que lo condiciona y lo determina irremediamente. Por el otro lado, la psicología lo hace reaccionar ante los estímulos del ambiente como una totalidad y convierte estas reacciones en hábitos, en modos habituales de conducta.

¿Cómo lo ven los filósofos? Los materialistas lo convierten en materia en movimiento, en solamente materia y nada más. En contraposición a éstos, los idealistas lo ven como una dualidad de alma y cuerpo, de espíritu y materia, el uno eterno e imperecedero y el otro corruptible y pasajero.

Hay otros conceptos que del hombre se han desarrollado a través de los tiempos. Aristóteles lo concibe como un animal social, político, económico y racional. Rousseau lo transforma en un individualista empedernido. Watson le niega la mente y lo convierte en un conjunto de reflejos acondicionados. Marx lo hace un animal que produce y que no tiene otra moral que la del grupo, mientras que John Dewey lo describe como un ser que puede, en armonía con el grupo en que vive, desarrollar sus propios modos de autodomínio tanto en lo individual como en lo social.

Podríamos seguir enumerando otros tantos conceptos del

hombre, todos los cuales tienen para el educador un valor incalculable en lo que respecta a la educación.

En todo proceso educativo hay dos factores importantes a considerar. En primer término, conviene considerar lo que el individuo es y en segundo orden, lo que debe ser. Lo primero, se nos presenta en modo indicativo, en presente. Lo segundo, aunque tiene carácter de futuridad, se nos presenta en imperativo. Para el educador una cosa es el ser y otra el deber ser.

El educador recibe en su salón de clases, en el aula, al niño que es un conjunto de potencialidades, y recibe la encomienda de hacerlo hombre. Eso que el niño es —un conjunto de potencialidades— debe convertirse en una realidad diferente, en un hombre que reúna ciertas y determinadas características o rasgos que lo hagan persona, esto es, que definan su personalidad.

Para cumplir esta tarea en forma cabal, el educador se encuentra con un problema que debe solucionar antes de emprender su tarea de educar, cual es, el de decidir de antemano el tipo de hombre que deberá de ser el niño. ¿Queremos hacerlo un materialista? ¿Deseamos que sea cuando hombre un animal refinado como lo concibe el naturalista? ¿Es que aspiramos a convertirlo en un ser reflexivo, que asuma responsabilidad por sus actos y que pueda guiarse por el imperativo moral? ¿Acaso queremos convertirlo en un individualista?

En la educación del niño hay muchas posibilidades, hay diversas alternativas. Cada una de estas representa diversos valores y distintas aspiraciones. A la vez, estos ideales y aspiraciones se vuelven metas a lograr. El educador necesita para realizar su obra un material —el niño —y un ideal— lo que espera que el niño sea una vez educado, o sea, un tipo determinado de hombre. Para convertirlo en ese producto deseado, necesita unas técnicas y unos medios o instrumentos. Las técnicas son los procesos, maneras de enseñar y de aprender, los métodos, el cómo. Los medios e instrumentos son las ma-

terías del currículo, los materiales audiovisuales, el equipo, los libros y el maestro, entre otros.

Es bueno notar que se menciona al maestro entre los medios, lo que haría preguntar si éste estaría o no bien ubicado en esa categoría. No intentamos discutir ese punto por ahora, aunque lo cierto es que el alumno, y no el maestro, es el centro del quehacer pedagógico.

Ahora bien, ¿qué factores han de determinar la clase de hombre que aspiramos realizar con la educación?

No podemos perder de vista en primer término al alumno. Este es a la vez sujeto y objeto de la educación. Es el centro de la tarea educativa. Es a él a quien queremos hacer hombre. Para él organizamos la escuela, desarrollamos el currículo y planeamos todas las actividades docentes. Alrededor de sus necesidades e intereses hacemos girar la tarea educativa en la cual él es el principal participante.

Tampoco podemos soslayar en este afán de educar, a la sociedad para la cual educamos. Cada sociedad tiene su cultura, su modo especial de vida, que es un ambiente artificial que el hombre se ha creado para sí mismo. Esta cultura, tiene, entre otras cosas, sus aspiraciones, valores e ideales. Aunque en todas las culturas se aspira al logro de la felicidad para el hombre, en cada una de ellas se interpreta de diverso modo lo que esa felicidad es y aún, hasta se concibe en forma diferente, el modo de lograrla. De ahí que la educación, tanto en contenido como en técnicas y organización, necesariamente varía para dirigirse al logro del producto final que se desea: *el hombre*. El hombre que desea y necesita Rusia no es el mismo que desea Estados Unidos y así puede decirse lo mismo de cualesquiera otros países del mundo. En esto, los factores de tiempo y espacio son determinantes. Mientras que Rusia desea un hombre como el de la Antigua Esparta, sometido, sin ideas propias, que siga la disciplina que le fija el estado; en una democracia se aspira a la realización de un hombre que tenga ideas, que las exponga y las defienda con

calor, que tenga iniciativa y la ejerza, que desarrolle tolerancia hacia las ideas ajenas, que aprenda a pesarlas, a evaluarlas y a reconocer lo bueno venga de donde viniere. El primero, entrega sus libertades al estado y acepta la regimentación; el otro, conserva sus libertades y exige que el estado las respete y las haga respetar. Para el primero, el estado es un fin y él un instrumento de éste; para el segundo, el estado es un medio para servirle a él que es el fin. Necesariamente en cada uno de estos países los ideales y valores sociales, políticos, etc., son distintos, y la educación, que tiene la función de fomentar los mismos, tiene que responder a finalidades diferentes. Esto, a la vez, implica diferencias en organización, currículo y procedimientos.

Otro factor a considerar, es el maestro. Este debe tener una preparación amplia, tanto en lo académico como en lo profesional. Hay quienes opinan que para enseñar solamente se necesita saber. La pregunta que esta afirmación levanta es: ¿saber qué? La afirmación es perogrullesca. Es cierto que para enseñar hay que saber. El problema es que hay muchos saberes y de éstos, ¿cuáles entran en juego en la enseñanza y aprendizaje? El saber leer no convierte a todo lector, por inteligente y hábil que sea, en un maestro de lectura, y menos aún: en un *buen maestro* de lectura. Muy mal saldría todo un doctor en filosofía y letras enseñando a leer a los niños del primer grado si todo su saber se reduce al conocimiento de las materias que tuvo que aprender en el campo de las letras para llegar a la adquisición de su doctorado. Para hacer un bizcocho se necesita algo más que los ingredientes y la receta.

El maestro, además de sus conocimientos en las materias que explica, debe tener conocimientos de psicología, sociología, antropología y filosofía de la educación. Esto lo capacita para conocer al educando, a la sociedad para la cual educa y a la cultura en la cual se desenvuelve el individuo que se educa. Además, deberá conocer y aplicar inteligentemente las mejores técnicas de la enseñanza. Con solamente los conocimientos de matemáticas, por ejemplo, no se puede ser un maestro de matemáticas. Precisa algo más; y ese algo es mucho.

El educador debe desarrollar una sana filosofía de la educación si quiere hacer una labor inteligente, hábil y encaminada al logro de los fines adecuados. Toda filosofía nos da una teoría de la realidad, del conocimiento, de los valores y del hombre, como parte de esa realidad. Una filosofía educativa parte de esas mismas bases para darnos una sana teoría de la educación que guíe al maestro en su tarea de convertir al niño en el hombre que la sociedad demanda o necesita.

La filosofía de la educación establece aquellos principios orientadores que dan dirección, orientación y guía al esfuerzo educativo. Sin ella, enseñaríamos por enseñar y aprenderíamos por aprender. El enseñar y el aprender *per se* no tienen valor, por ser actividades sin un fin determinado. Se enseña y se aprende *algo* para *algo*. Quizás el hecho de que en muchos casos esto no se entienda bien, ha sido la causa de que se hayan perdido muchos esfuerzos, por parte de alumnos y maestros, que se han realizado sin un fin que sea de valor. Barco sin timón ni rumbo, se queda a la deriva.

Una educación inteligentemente dirigida conducirá al logro del producto deseado. Para ello hay que fijar metas en armonía con lo que la sociedad aspira. En una sociedad democrática se requiere que el alumno desarrolle competencias, como las que más adelante se mencionan, si es que deseamos un ciudadano útil a sí mismo y a la sociedad en que vive. Algunas de esas competencias serían:

1. Que tenga una personalidad bien equilibrada; que haya madurado en todos los aspectos de la misma, en forma integral de tal manera que pueda hacer, tanto en sí mismo como en el ambiente que le circunda, aquellos cambios y ajustes que lo capaciten para la máxima realización de su felicidad y la de la sociedad en que vive.

2. Que tenga iniciativa, que sea emprendedor y que desarrolle habilidades creadoras para afrontar situaciones noveles.

3. Que desarrolle un sano concepto de la libertad y de su disfrute, y que aprenda a respetar la libertad ajena al mismo tiempo que exige el respeto de la suya dentro de sanas normas de justicia y equidad.

4. Que tenga cabal concepto de la dignidad humana; que empiece por respetarse a sí mismo y respete a los demás, a la vez que exige el propio respeto.

5. Que ame los valores éticos propios de nuestra civilización cristiana y los practique uniendo a la teoría una práctica consistente con ésta.

6. Que desarrolle un carácter moral a tono con las mejores normas de la sociedad en que vive.

7. Que ame la verdad y la busque, siempre suspendiendo el juicio, hasta tener todos los elementos necesarios para emitirlo.

8. Que desarrolle y adopte una actitud científica.

9. Que cultive el razonamiento y la reflexión en la solución de sus problemas.

10. Que desarrolle independencia de criterio y que cultive el hábito de pensar por sí mismo.

11. Que cultive la habilidad para discutir los problemas de su sociedad con los demás, y desarrolle capacidad para llegar con los demás a un consenso de opinión; que aprenda a aceptar el consenso de la mayoría.

12. Que desarrolle habilidad para pesar y evaluar el criterio de los demás, que acate las decisiones mayoritarias, y que trate, si así lo desea, de convencer a los demás por medios persuasivos para que acepten sus puntos de vista.

13. Que desarrolle variados intereses en armonía con los valores que generalmente se aceptan en su cultura.

14. Que aprenda a hacer juicios prácticos e inteligentes, decidiéndose por aquellas alternativas que respondan a lo que es socialmente deseable más bien que a lo que él desea porque lo desea.

15. Que se sirva de la experiencia para ganar más experiencia que sea útil y práctica.

16. Que adquiera preparación académica y vocacional según sus necesidades y capacidades.

17. Que ame el progreso y lo procure para su pueblo, para su familia y para sí mismo.

18. Que anteponga el bien común a la conveniencia personal; que sea hombre de principios y los defienda a riesgo de sus conveniencias personales.

19. Que ame el trabajo; que sienta admiración y respeto por todo el que trabaja; que entienda que todo trabajo es honroso y que el trabajador, por humilde que sea su labor, es acreedor a igual consideración que los que ejercen las profesiones y los que gobiernan; que en el trabajo no hay jerarquías.

En mi concepto, esto es lo que debe ser un hombre educado para que sea *un hombre*. Hacer este hombre es la misión del educador. Pero esta misión requiere tesón, esfuerzo, lucha, sacrificio y sufrimientos. Y sobre todo, son necesarias una gran dosis de paciencia y de dedicación. “No se ganó Zamora en una hora”, no se hace un hombre en un día ni se transforma toda una sociedad en unos meses. Si hay perseverancia y denuedo, el ideal se hará realidad. Todo es cuestión de fe, acción y amor a este quehacer al cual dedicamos la vida. Educar es inquietar y no se logrará el máximo fin de la educación si no hacemos un hombre cada vez con mayores inquietudes en la sociedad para la cual lo capacitamos a través del proceso educativo.